

PALABRAS DE JUAN JACOBO DE LARA  
AL RECIBIR EL GALARDON "CAONABO DE ORO".

Señores miembros del jurado,  
Señores miembros de la Sociedad Dominicana de  
Periodistas y Escritores,  
Señores y señoras

Apelo a la comprensión y bondad de todos los presentes para que excusen mi turbación y quizá lo inseguro de mi voz, porque es grande la emoción que me producen la recepción del premio "Conabo de Oro" 1982 como escritor dominicano, las palabras de doña María Urgarte y la presencia de tan numeroso, calificado y selecto público.

Todos hemos escuchado a Doña María Urgarte hacer mi presentación y justificar el que se me concediera el galardón y quizá como a mí, las asaltaron dudas y se preguntaron si realmente soy la persona que enfoca en sus palabras. Sin embargo sólo yo puedo comprender a cabalidad que tales

recuentos y elogios, merecidos o inmerecidos por igual, son el reflejo del especial afecto y la profunda admiración que siento por esta distinguida dama, digna representante de nuestro mundo intelectual, y que es en esa medida que me resultan aceptables sus palabras, tanto más cuanto sugieren que mi cariño merece su reciprocidad, lo que me complace y honra. Doña María Ugarte, por vuestras amables palabras recibid mi sincero agradecimiento y el de mi esposa.

Lo idóneo de los miembros del jurado que otorgó los premios no se presta a dudas o comentario? todos ellos son de lo más granado y escogido de nuestro mundo intelectual y es por tal virtud por lo que su laudo al darme in galardón y un sitio permanente entre ellos pone timbre de orgullo a mi natural vanidad, compromete mi agradecimiento y me obliga a colaborar con los propósitos de la Sociedad, esta Sociedad Dominicana de Periodistas y Escritores merecedora de una calurosa felicitación por la creación de estos premios, incitación permanente a la realización de una labor provechosa a los fines humanistas y espirituales de que tan necesitado está nuestro mundo actual.

El dolor podrá doblegar la voluntad, la fuerza podrá acallar el decir, pero jamás podrán torcer el pensamiento o establecer objetivos duraderos ni metas inmarcesibles al destino humano. Tales logros solo son posibles a través del estímulo, del reconocimiento y el premio. Y es específicamente por estas razones por lo que este bello acto, que cumple con tales propósitos en su orientación y contenido, honrar más a quienes crearon y otorgan los premios que a quienes los recibimos.

Vislumbro también en el nombre de los trofeos una dominicanidad primigenia que enaltece a nuestro Caonabo, el primer americano que sacrificara cuerpo y alma en aras de la libertad. A tal evocación vibra de contento mi nacionalismo nunca desmentido y a su conjuro siento presentes el espíritu dominicano de Pedro Henríquez Ureña, su ideario americanista y su inquebrantable fe en los destinos de la raza, como acicates que nos impulsan a seguir por este camino tan digno y enaltecedor.

Es todo ésto, más que mi selección, que solo será una entre las tantas venideras, como lo espera la Sociedad Dominicana de Periodistas y Escritores, y lo deseamos todos, por lo que me llena de emoción este acto y lo hará inolvidable en mi recuerdo.

Muchas gracias a todos los que engalanan con su presencia este salón en esta noche, anunciando con su inquietud intelectual un futuro promisor para nuestra cultura.

Santo Domingo, Marzo 18 de 1983.